

Una mañana salgo del metro en la estación de la Séptima Avenida y la calle 28 y cruzo hacia Madison Square mirando el reloj casi cada pocos segundos, temiendo que se me haga tarde, y a la vez asustado por la inminencia de la cita por culpa de la cual me desvelé anoche, y a la que tengo que llegar dentro de unos minutos, en la planta decimoquinta de un edificio en el que no me atrevo a entrar. Veinte años justos después soy el mismo que una tarde de mayo, en Granada, sentía las piernas débiles y el corazón sobresaltado y daba vueltas en una acera bajo la llovizna, mirando el reloj, concediéndole un minuto más de tregua a mi cobardía, porque tenía una cita con el redactor jefe de un periódico recién fundado al que iba a proponerle que me aceptara algún artículo, aunque yo no había publicado nada hasta entonces ni tenía a mi favor más mérito que mi temeridad. Era la temeridad, la pura devoción por los periódicos y por el oficio de escribir en ellos, lo que me había animado a llamar por teléfono solicitando la cita y lo que me había llevado hasta la puerta del diario, pero justo allí me abandonaba, en las calles por las que daba una vuelta más para ganar tiempo o para perderlo, bajo la lluvia y en un barrio apartado que yo no conocía. No cuentan los años y no sirve de nada la experiencia cuando uno se ve reducido a la parte más vulnerable y más verdadera de sí mismo. En Madison Square yo doy vueltas entre los jardines consultando el reloj, comprobando con pánico el paso de cada minuto, o mirando hacia arriba, entre las ramas desnudas, hacia lo más alto del edificio en cuya planta decimoquinta tengo que estar muy pronto, porque me esperan la editora que ha contratado por primera vez un libro mío en Estados Unidos y el agente que ha logrado convencerla, con quien yo había hablado hasta ahora una sola vez, y que al cabo de muy poco tiempo va a ser mi amigo.